DOMINGO I DE CUARESMA (A)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, Prior de Montserrat
5 de marzo de 2017
Gén 2, 7-9; 3, 1-7a; Sal 50; Rom 5, 12-19; Mt 4, 1-11

Este año los evangelios de los domingos de cuaresma ofrecen una preparación muy antigua y muy rica en la iniciación cristiana. Los dos primeros, como ocurre también en los otros años (ciclos), son el de las tentaciones y el de la Transfiguración. El tercer domingo oiremos el de la samaritana. El cuarto, el del ciego de nacimiento y el quinto, la resurrección de Lázaro. Estos evangelios, junto con las otras lecturas de la misa, son -como decía antes- una catequesis preciosa para los que se preparan a recibir el bautismo y también para los que nos disponemos, con la cuaresma, a renovar nuestras promesas bautismales en la próxima Pascua.

Centrémonos, hoy, en el evangelio de las Tentaciones. Cristo, conducido al desierto por el Espíritu, llega al fondo de la condición humana enfrentándose, Él también, el maligno, el tentador. La escena es dramática. El entorno donde se desarrolla es, como decíamos, el desierto: el lugar de la alianza de Dios con su pueblo y el lugar de las sucesivas infidelidades de este pueblo; el lugar opuesto al paraíso, el jardín original, al tiempo que es el lugar del enamoramiento y de la ternura esponsal de Dios. Los dos personajes solos, Jesús y el diablo, cara a cara, que ofrecen los dos caminos para la humanidad: el proyecto del hombre según la sabiduría y la bondad divinas y el contraproyecto del hombre según la ciencia del maligno. Haré un breve comentario del contenido de cada tentación y ofreceré, a continuación, algunas sugerencias prácticas que podemos aplicar en nuestro día a día, inspirados en propuestas recientes del papa Francisco.

En cuanto al contenido, me inspiro en un teólogo ruso del siglo pasado, emigrado en Francia, Paul Evdokimov 1901-1969, que escribió un comentario muy interesante sobre las tres tentaciones de Jesús (*Le monachisme interiorisé*). El autor interpreta este episodio como la respuesta de Jesús a las grandes cuestiones que se plantean a la humanidad. Y explica que el monaquismo, con su estilo de vida que cualquier creyente puede vivir también interiorizado, ha querido ser, en la tradición de la Iglesia, una aplicación concreta de estas respuestas del Señor. Sigamos el evangelio de hoy.

En la primera tentación, el maligno propone al Señor, extenuado de hambre, que diga a las piedras que se conviertan en panes. Según Evdokimov, transformar las piedras en panes es querer resolver el problema económico suprimiendo el esfuerzo ascético de la creación, el trabajo con el sudor de la frente, por una especie de juego de manos parecida a la alquimia. Es primar la materia sobre el Espíritu, la voluntad sobre la Gracia. La respuesta de Jesús hace presente la complejidad de la naturaleza humana: *el hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios*, y recuerda la necesaria implicación que debemos tener todos en la cuestión de la distribución de los bienes entre toda la humanidad. La cuestión económica requiere, según el plan de Dios, la implicación de cada uno. La respuesta monástica a esta cuestión es la pobreza y la austeridad de vida. Nos podemos proponer, en este sentido, dos cosas bien concretas: no tirar nunca la comida; si sobra, se puede re-aprovechar y en todo caso, de nuevo, se compra o se pide menos. Y en segundo lugar seleccionar lo que tenemos en casa y que hace tiempo que no usamos y regalarlo a quien lo necesite.

En la segunda tentación, el maligno deja el Señor sobre la cornisa del templo y le dice: *Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo*. Dios ya te salvará, tal como está escrito. Siempre según Evdokimov, tirarse de la cornisa del templo quiere ser una respuesta al problema del conocimiento; significa sustituir a Dios por el poder de la magia y de las

ciencias ocultas, apropiarse del misterio y pretender un conocimiento sin límites. La propuesta del tentador es muy parecida a la que hace la serpiente a Eva (lo hemos oído en la primera lectura): *el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal*. El tentador quiere que la criatura se ponga en el lugar del Creador, por lo que no debe aceptar ningún límite ni en el conocimiento, ni en la voluntad, ni en el placer. Tentar Dios es ponerlo a prueba, chantajearle, intentar servirse de él, de su poder, para satisfacer los propios deseos y vanidades. Dios ha creado al hombre a su imagen, y el hombre debe tratar de no aprovecharse de esta alta dignidad para satisfacer los propios deseos. Saltar del pináculo del templo es tratar de apropiarse de un poder que sólo pertenece a Dios, es como querer someter Dios a nuestros quereres. Jesús responde poniendo a cada uno en su lugar: Dios es Dios y nosotros hemos sido creados por Él y por tanto formando parte de la creación en la que Él ha dispuesto unas leyes, unos principios de funcionamiento, y por tanto también unos límites, que nos ayudan a crecer en humanidad y que gracias a la inteligencia, que hemos recibido de Dios, podemos ir descubriendo. El equivalente monástico a la respuesta de Jesús es la vivencia de la castidad. Es el no someter esta imagen de Dios que somos cada uno de nosotros al capricho de las propias pasiones, sino poner esta fuerza interna del hombre que son las pasiones, la sexualidad y toda la vida, al servicio de Dios y de su Reino. Significa aceptar que nuestra dignidad se expresa en la relación libre y desinteresada con los demás y con la creación, que acepta nuestras limitaciones y que sitúa el deseo de omnipotencia tan arraigado en el corazón humano en la línea del servicio y la donación a los demás sin contrapartidas. Algunas propuestas concretas, en este sentido, para nuestra vida cristiana pueden ser: detenerse para ayudar cuando alguien lo necesita; saludar con alegría a las personas que encontramos habitualmente; tener algún detalle de estima y de ternura con el esposo o la esposa, con los hijos, con los padres o los abuelos.

Finalmente, en la última tentación *De nuevo el diablo lo llevó a una monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: "Todo esto te daré, si te postras y me adoras"*. Aquí, según el autor que vamos siguiendo, se plantea la cuestión política, del gobierno de los pueblos. Adorar a Satanás significa resolver el problema político con la imposición de una única autoridad unificadora, reunir todas las naciones a través del poder de la única espada, ceder al sincretismo que pretende sustituir al Dios que se ha autorrevelado en Jesús de Nazaret. El sometimiento absoluto de los hombres a cualquier forma de poder, aunque sea produciendo el resultado de una hipotética desaparición de los conflictos, se convierte en una esclavitud insoportable que destruye la humanidad.

Y la respuesta de Jesús es contundente: sólo Dios tiene la autoridad única y definitiva sobre la humanidad, por lo que sólo hay que adorarlo a Él únicamente. Luego, en cada época, las sucesivas generaciones tendrán que hacer el esfuerzo de encontrar caminos de convivencia pacífica y solidaria, sabiendo que cualquier sistema de gobierno, porque es humano, siempre será ambiguo e imperfecto. Volvemos a encontrar la misma propuesta de la serpiente a Adán y Eva: ser como Dios. La novedad, respecto al relato de la creación, es que aquí el nuevo Adán, Cristo, sale vencedor del combate; no cae en las trampas del maligno, salvando al mismo tiempo la absoluta trascendencia de Dios y la grandeza del ser humano. La respuesta monástica, a este punto, es la obediencia, la capacidad de escuchar a Dios que se revela a través de la historia de Israel y de Jesucristo. Sólo la obediencia a Dios libera. Una obediencia al Evangelio que es acogida en el corazón de una verdad que libera al ser humano. Obediencia al designio de Dios para salvar a la humanidad a través del amor, del perdón, de la humildad, de la búsqueda del bien común, del reconocimiento de que Dios es el Único. Algunas cosas concretas pueden ayudarnos a vivir de acuerdo con la respuesta de Jesús. Por ejemplo: adorar a Dios en la oración, en la

celebración de la eucaristía, en el servicio a los demás; acostumbrarnos a decir "gracias", aunque no siempre sea necesario; ayudar a otros a superar obstáculos.

Que el Señor sea nuestra fuerza en este tiempo de cuaresma, mientras nos preparamos con una alegría llena de anhelo espiritual para la celebración de la Santa Pascua.